

Fuentevaqueros: homenaje a García Lorca

En la España de hoy, el homenaje popular a Federico García Lorca tenía mucho de piedra de toque. Las cosas andan confusas —por el desacuerdo entre el proceso real y el proceso oficial— y un acto como el proyectado en Fuentevaqueros, sumado a los muchos que, paralelamente, iban a celebrarse en la propia Granada, era una especie de "test" para ayudar a entendernos.

La idea de apresurar la celebración de un homenaje oficial, con el que encubrir o enturbiar el que, desde tiempo atrás, se preparaba, fue ya un dato decisivo. Dicho homenaje oficial venía a reconocer tácitamente la imposibilidad de "recuperar" el que, a las cinco en punto de la tarde, iba a efectuarse en la plaza de Fuentevaqueros, en el setenta y ocho aniversario del nacimiento del poeta. Con lo que se daba la razón a quienes pensaron y organizaron el acto de Fuentevaqueros, dispuestos a homenajear a un Lorca perfectamente encuadrado en la realidad histórica de su tiempo, ligado con sus obras y con su muerte a un conflicto social preciso, expresión, en fin, de una visión democrática y transformadora de España.

Se temió, lógicamente, por el permiso gubernativo. Era otro dato importante del "test" a que antes me refería. Pero el permiso se obtuvo, aunque con una limitación de tiempo: la duración del homenaje no debía exceder la media hora.

Todo estaba, pues, listo para la confrontación. Sin que dejara de gravitar otra pregunta fundamental: ¿quiénes íbamos a estar en Fuentevaqueros?, ¿quiénes iban a responder a esa voluntad de que fuera "popular" el homenaje? Porque una cosa era la asegurada asistencia de los estudiantes granadinos a los diversos actos organizados en los recintos universitarios —en especial, a los recitales poéticos de Hospital Real y a las salas destinadas a la conocida y ya mermada exposición sobre La Barraca y su entorno, reunida por la galería Multitud—, y otra, la concentración de Fuentevaqueros. A los problemas puramente geopolíticos —ciudad mal comunicada, en una región demográficamente pobre— se unían las décadas en que el nombre de Federico se pronunció con temor y las noticias, nada alentadoras, en torno al reciente homenaje a Miguel Hernández en sus tierras de Alicante.

También esta prueba, quizá la más importante, se salvó en Fuentevaqueros. Porque si a la tribuna subieron poetas —Blas de Otero, Pepe Guevara, José Agustín Goytisolo—, actrices —Nuria Espert y Aurora Bautista—, el sobrino de Federico, Fernández Montesinos, y se oyó la voz de Alberti, y se leyeron los nombres de adhesiones, y se cerró el acto —con los nervios de la media hora cumplida y los apremios del delegado gubernativo— con un texto contundente de la Coordinadora Democrática, lo fundamental, lo que vino, sobre todo, a definir el acto de Fuentevaqueros, fue la presencia de varias docenas de autocares, llegados de otros tantos pueblos, la emo-



Allí había varios millares de españoles, entre pancartas, bajo banderas andaluzas y pando poesía escrita en su homenaje y poesía escrita por él, dispuestos a aprovechar la media hora para proponerla como una pauta

nativo— con un texto contundente de la Coordinadora Democrática, lo fundamental, lo que vino, sobre todo, a definir el acto de Fuentevaqueros, fue la presencia de varias docenas de autocares, llegados de otros tantos pueblos, la emo-

ción, la serenidad y la alegría de unos cuantos millares de personas —entre seis y diez mil— dispuestas a homenajear a Federico y a hacer de su memoria una lícita invitación a la democracia.

Ciertamente, en Fuentevaqueros había un fuerte contingente de Fuerzas del Orden Público. Pero, significativamente, su presencia jamás gravitó como un elemento compulsivo. A lo más, sirvió para que el gran "test" se diera sin equívocos. Allí estaba la Policía para obligar a cumplir lo autorizado; allí estábamos varios millares de españoles, entre pancartas, bajo banderas andaluzas y carteles con el rostro de Federico, oyendo poesía escrita en su homenaje y poesía escrita por él, desenterrando viejas palabras de alegría, de solidaridad, de justicia y de concordia, dispuestos a aprovechar la media hora y a proponerla como una pauta cívica.

Fernández Montesinos resumió muy bien el alcance del homenaje: "Reclamar justicia es una de las finalidades de este acto. Justicia para con Federico García Lorca y cuantos murieron como él en una guerra civil... Ahora vendrán los pusilánimes a decir que éste es un acto político. Esta afirmación puede ser verdad, pero también puede no serlo; depende de lo que entendamos por política. Si hacer política es el proceso de administración de las cosas públicas con el consenso y la participación de todos los ciudadanos, este acto es político, porque el asesinato de los ciudadanos

GARCIA LORCA Y JULIO RODRIGUEZ

A don Julio Rodríguez Martínez, ministro del Gobierno de Carrero Blanco, como rezan —o rezaban— sus tarjetas, las biografías de los genios le son indiferentes. Incluso parece decidido a llevarles la contraria. Beethoven era sordo: "para sus amigos, pero no para nosotros. ¿Era sordo?", escribe en un artículo publicado en "ABC" (5 de junio). Pemán "demuestra juventud". "La edad de sus piernas no coincide con la de su cabeza". Felizmente, no, don José María no escribió nunca con los pies. "Chopin, componiendo 'La polonesa', no es el enfermizo Chopin". Depende de a cuál de las dieciséis polonesas que compuso Chopin llame el ex ministro "La polonesa": cuando hizo algunas de ellas, en efecto, se encontraba un poquito mejor.

Esta gran indiferencia de don Julio Rodríguez por las biografías de los genios está minuciosamente explicada para llegar a la conclusión de que especialmente una determinada le importa me-

nos que la de los demás: la de Federico García Lorca, a quien se refiere el título y la parte que podríamos llamar principal de su artículo.

Sin embargo, en la biografía de Federico García Lorca hay algo muy fundamental: El final de esa biografía. Fue asesinado. Cierto que el dato no debe tener demasiada importancia, puesto que "sobrevivió, como tal genio, a su muerte física". Lo que importa es "que coge en sus manos rosas blancas y viste a la Luna de verde o con polsón de nardo".

Sin embargo, parece que don Julio Rodríguez se contradice a sí mismo cuando añade una estrofa de su propia cosecha —una muestra insuficiente para saber si algún día el genio sobrevivirá a su muerte física—, en la que pregunta lo que le pasó a Federico. Y se lo pregunta a él mismo, que está en incapacidad notoria para contestar: "¡Ay, Federico García! ¿Por qué te fuiste tan lejos, donde la nieve se apaga, donde no

existen más soles/ni rasguean las guitarras?".

En su indiferencia por las biografías, ignora que Federico no se fue "donde la nieve se apaga" —en el supuesto de que alguna vez la nieve haya estado encendida—: le llevaron. A las tres de la madrugada de un día de agosto de 1936. Le llevaron y le mataron. Le asesinaron.

Un dato de escasa importancia para tan destacada figura del "bunker". Si el genio sobrevive... Pero un simple hecho concreto, real, fijo: le asesinaron.

Sin embargo, don Julio Rodríguez no ignora la continuación de la biografía interrumpida en esta tierra. "Federico nos contempla ahora, desde la derecha de Virgilio, en el paraíso de los poetas".

Y menos mal que está a la derecha. Si estuviese a la izquierda, es posible que le mataran otra vez.

Pero el genio, y eso nos tranquiliza a todos, sobrevive a la muerte física. ■ POZUELO.